



Henri Sauvage, logements hygiéniques à bon marche des Amiraux, Paris, 1922-1927.

mo elevador en poder de los inquilinos no nadadores cayó una mañana de otoño cuando las Gorras Rojas irrumpieron en él y lo tomaron para sí, supliendo de este modo la descompostura de uno de las cuatro que les estaban destinados. A los inquilinos en atuendo de calle de la Torre Dos no les quedó otro remedio que disfrazarse de nadadores para poder hacer uso de ese transporte vital.

A estas alturas, los condominios de “Estrella del Sur” se enfrentaban a una inminente guerra civil, que habría estallado de no haber ocurrido un hecho dramático que la hizo innecesaria. Nos referimos al sismo del pasado 19 de agosto. A la par de tantos otros edificios de la ciudad, también las torres de “Estrella del Sur” sufrieron daños severos, no en su estructura pero sí en los muros, en los que se abrieron fisuras y grietas en la mayoría de los departamentos. El único daño estructural ocurrió en el sótano, en donde unas cuarteaduras de gran tamaño partieron el piso de tres de las seis albercas, formando unos boquetes por donde empezó a escaparse el agua. El sismo ocurrió poco después de la medianoche, y a las cinco de la mañana, cuando los vigilantes bajaron a inspeccionar el sótano, las seis albercas estaban ya vacías.

Como es natural, todo el dinero disponible se destinó a la reparación de las viviendas. Seis meses después, terminada ésta, los de chanclas y albornoz hicieron un tímido intento de solicitar fondos para la compostura de las albercas. Se estrellaron contra dos negativas tajantes, la de los vecinos no nadadores, que constituían todavía la mayoría de la población residente, y la del propio municipio que, acatando la nueva política ciudadana de drásticos recortes en el consumo del agua, se negó a suministrar los millones de litros necesarios para poner nuevamente en función las seis albercas. En vista de eso, después de unos meses, éstas fueron demolidas. Ahora, en su lugar, hay seis salas de cine, abiertas a todo el público. Debido a la afluencia de mucha gente de fuera, los elevadores van siempre llenos y a veces uno tiene que esperar hasta quince minutos antes de poder subir a su departamento.

Del total de cinco elevadores con los que cuenta cada una de las seis torres de departamentos del conjunto residencial “Estrella del Sur”, uno de ellos estaba reservado exclusivamente a los nadadores que provenían de las seis albercas del subsuelo. Esto era así porque los nadadores bajaban a las albercas en traje de baño, chanclas y albornoz, y al subir a sus departamentos después de nadar, mojaban indefectiblemente los pisos de los elevadores.

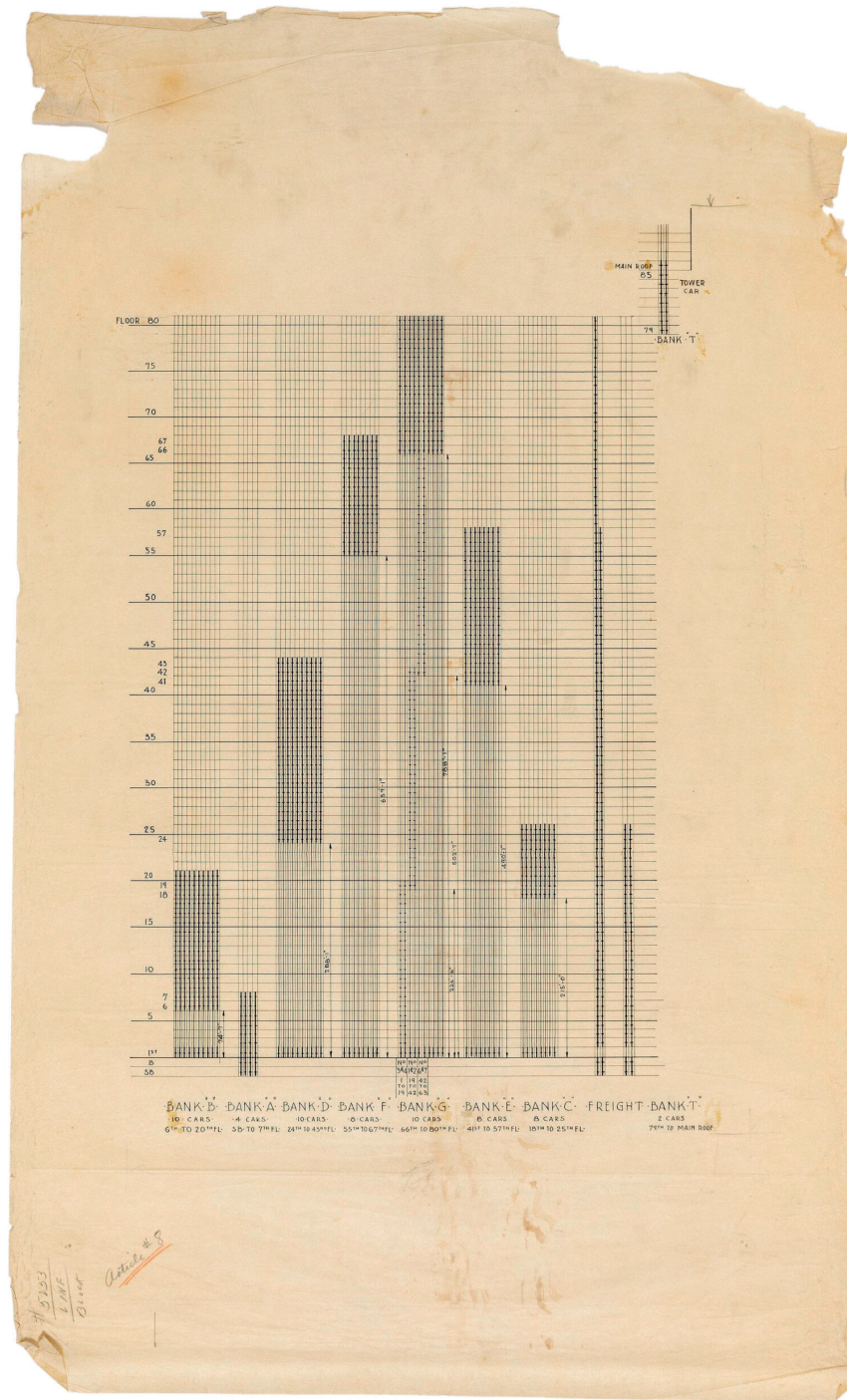
Las seis albercas del sótano estaban conectadas entre sí por un canal a través del cual se desplazaban los nadadores en busca de un carril libre para nadar. Dependiendo de su orden de llegada y de la disponibilidad de lugares que ofrecía cada alberca, tenían acceso a uno de sus carriles y podían ocuparlo durante una hora para realizar su rutina. Los que no conseguían un lugar podían esperar su turno o bien seguir nadando en el canal hasta llegar a la alberca siguiente, donde tal vez tendrían más suerte.

La construcción de un canal conectivo tenía como objeto uniformar las seis albercas, suprimiendo cualquier diferencia entre ellas. Como compartían la misma agua, los usuarios las usaban indiferentemente, moviéndose con toda libertad de una a otra, con lo cual se evitaba su distribución desigual dentro del complejo acuático. El mismo principio regía en las torres de departamentos, que eran idénticas entre sí y estaban constituidas por departamentos también idénticos.

Hace dos años se destinó un segundo elevador para nadadores en la Torre Dos, debido a que en ella el número de los inquilinos que practicaba la natación casi duplicaba el de las otras cinco torres. El porqué de eso es motivo de conjeturas. Por lo general, un primer núcleo de nadadores contagiaba con su ejemplo a otros inquilinos, que luego contagiaban a otros, y de este modo iba aumentando el número de los que nadaban. La pregunta es por qué en la Torre Dos ese crecimiento era más alto que en el resto del conjunto residencial. La única respuesta plausible es que el primer núcleo de nadadores estaba mejor distribuido en los pisos de la Torre Dos, de modo que un mayor número de personas que vivía allí estaba expuesto al contacto con ellos y al contagio que ejercían. Ese contagio solía darse preponderantemente en los elevadores. Como las personas que bajaban a las albercas del subsuelo salían de sus departamentos en traje de baño, chanclas y albornoz, al codearse en los elevadores con los otros inquilinos (los nadadores podían usar cualquier elevador cuando bajaban a las albercas, porque en esos momentos estaban secos), era inevitable que surgieran entre ellos y los no nadadores conversaciones que tenían como tema la natación. Preguntas como “¿Cuántas vueltas le da usted a la alberca?” o “¿Cuál es su estilo de nado preferido?” brotaban de manera espontánea en esos momentos de efímera convivencia, y las respuestas que daban los nadadores a éstas y otras cuestiones creaban un caldo de cultivo apropiado para que los no nadadores sintieran el deseo de usar ellos también el complejo acuático del sótano.

Otro hecho que puede explicar la peculiar situación de la Torre Dos es que en ella el elevador destinado a los nadadores había estado descompuesto durante mucho tiempo, lo cual los había obligado a usar los otros elevadores, incrementándose de este modo el roce con los no nadadores y su influencia sobre éstos. No olvidemos que casi toda la gente es sensible al llamado del agua y que una persona recién salida del mar, de un río o de una alberca ejerce una poderosa atracción a su alrededor. De modo que como en la Torre Dos estaban dadas las





Shreve, Lamb & Harmon, esquema del servicio de ascensores del Empire State Building, NYC, c. 1930.

condiciones para un contagio más difundido y ramificado que en las otras torres, el número de nadadores creció en ella de manera exponencial y llegó un momento en que no había uno solo de sus 29 pisos en el que no hubiera un nadador. Así, se hizo necesario habilitar un tercer elevador para los nadadores, lo cual desató las protestas de los que no nadaban, que vieron reducida su movilidad vertical a sólo dos elevadores, de los cuatro iniciales.

El incremento del número general de nadadores en todas las torres del conjunto residencial repercutió muy pronto en la distribución del dinero que se recaudaba mensualmente por concepto de mantenimiento. En las reuniones vecinales las quejas de los nadadores acerca de la calefacción defectuosa del agua, del mal estado de algunos casilleros y del número insuficiente de regaderas, fueron cobrando más y más peso, con lo cual el presupuesto destinado a las albercas pasó de un 13% a un 48% en sólo año y medio. Eso creó entre los de chanclas y albornoz un espíritu de gremio que los hacía saludarse ruidosamente cuando se encontraban, y no pocas veces, en especial en la Torre Dos, en donde su número era abrumadoramente mayoritario, se dio el caso de nadadores que al coincidir en un elevador con un inquilino en atestado de calle, tuvieron hacia éste un comportamiento no del todo respetuoso.

Algunos habitantes de la Torre Dos, disgustados por esta situación, decidieron mudarse a otras torres, lo que produjo una permuta de departamentos entre inquilinos de la Torre Dos y los de otras torres, facilitada por el hecho de que todos los departamentos de "Estrella del Sur", como dijimos, son idénticos. Inquilinos no nadadores de la Torre Dos, deseosos de mudarse de allí, e inquilinos nadadores de otras torres, atraídos por las facilidades de movilidad vertical que ofrecía para los nadadores la Torre Dos, pactaban una permuta de sus propiedades, con el resultado de que el número de nadadores de la Torre Dos aumentó aún más, al grado de que se les concedió un cuarto elevador para moverse. Esto, como era de esperarse, provocó la furia de los inquilinos no nadadores de esa torre, que ahora, con sólo un elevador para ellos, desahogaban en el último reducto a su disposición, su profundo malcontento, el principal de los cuales era que, teniendo acceso a sólo un elevador, éste venía siempre lleno, lo que las obligaba a aguardar en su piso hasta quince minutos antes de poder usarlo.

Muy pronto, a causa del incremento de usuarios, las seis albercas se vieron rebasadas en su capacidad. Fue entonces que los nadadores de la Torre Dos desecharon las gorras azules con la escrita "Estrella del Sur", de uso riguroso para los residentes, y las cambiaron por unas de color rojo con la leyenda "Torre Dos", que les permitía reconocerse entre sí. Haciendo valer su mayor número y su espíritu de grupo, bajaban al complejo acuático diez minutos antes de la hora de apertura, formando una masa compacta junto a sus puertas y, tan pronto como éstas se abrían, se zambullían en las seis albercas, yendo a ocupar todos los carriles disponibles y estableciéndose definitivamente como los amos del sótano. Las escasas gorras azules todavía existentes debían retirarse o aguardar las horas menos solicitadas para hacer uso de las instalaciones.

El poder alcanzado por las Gorras Rojas, como rápidamente fueron apodados los nadadores de la Torre Dos, dio como resultado un ulterior incremento en el presupuesto destinado a las albercas, y las consecuencias negativas causadas por la concentración de casi todo el presupuesto de mantenimiento en un solo rubro no tardaron en hacerse notar en la vida de los residentes. Si se fundía el foco de un rellano, no había dinero para cambiarlo; si algún columpio de los juegos infantiles se averiaba, no se podía reparar; las zonas verdes, uno de los mayores orgullos del conjunto residencial "Estrella del Sur", colapsaron a causa del despido de varios jardineros. En la Torre Dos, el ulti-